

DEL GOLPE DE ESTADO Y ALGUNAS RÉPLICAS (IM)PERSONALES

Andrea Kottow¹
andrea.kottow@uai.cl

Puedo fechar con exactitud el momento en el que dejé de creer en Dios: fue a los 13 años, después de rezarle infructuosamente por meses para que no permitiera que regresáramos a Chile. Vivíamos en Stuttgart, en el sur de Alemania, una ciudad famosa por las fábricas de Mercedes Benz y Porsche, dos de los paseos escolares obligados para todo colegial suabo. Una ciudad a la cual mis padres arribaron más por azar que por elección, tras abandonar Chile en 1976.

Para el Golpe se encontraban en Bonn, donde mi padre estudiaba con una beca posdoctoral Humboldt de su especialidad en oftalmología. Yo no había nacido en ese entonces y solo conozco esta historia por relatos familiares. Cuentan mis padres que les llegó la noticia del golpe de Estado viviendo en Alemania y luego recibieron al tío, hermano de mi madre, exmilitante del Partido Comunista, que fue exiliado –tras haber sido torturado– junto a su mujer y sus tres hijos, unos meses después del Golpe, el mismo año 73. Vivieron un tiempo de allegados donde mis padres, y se produjo una pelea de dimensiones cuando estos últimos decidieron volver a Chile, en 1974, a pesar de Pinochet y la dictadura militar. Mis tíos no podían creer que su visión y sus experiencias no fuera suficientes para disuadirlos de tal regreso.

¹ Andrea Kottow (Santiago de Chile, 1975) es Licenciada en Lengua y Literatura Hispánicas y Magíster en Literatura General y Comparada de la Universidad de Chile, y Doctora en Historia de la Medicina por la Freie Universität Berlin. Actualmente es Profesora investigadora de la Facultad de Artes Liberales de la Universidad Adolfo Ibáñez. Es investigadora en el campo de los estudios literarios, y se ha especializado en las relaciones entre literatura y medicina desde un enfoque biopolítico, con un interés en las significaciones y representaciones de enfermedad y salud en la literatura, y en los vínculos de literatura y psicoanálisis. Es autora de *Der kranke Mann. Medizin und Geschlecht um 1900* [El hombre enfermo. Medicina y género en la literatura del 1900] (2006), en co-autoría con Ana Traverso, *Escribir & tachar. Narrativas escritas por mujeres en Chile (1920-1970)* (2020), *Fronteras de lo real. Ensayos sobre literatura, enfermedad y psicoanálisis* (2022), *Enfermedades de la modernidad* (2022). Además, ha escrito una serie de artículos en revistas especializadas y capítulos de libros. Actualmente es investigadora del Proyecto Fondecyt Regular “Escrituras del secreto”.

Las huellas de la tortura de mi tío seguían ahí; el trauma era evidente.

Mi madre tenía a su madre y a dos hijos de su primer matrimonio en Chile; mi padre una consulta y el hospital en el que trabajaba a los cuales volver. Se impuso una distancia con mis tíos que duró años, y la amistad solo comenzó a restablecerse cuando mis padres, dos años después, decidieron que efectivamente Chile se les volvió un lugar invivible y no apto para criar a los dos hijos que habían tenido en conjunto: Daniel, antes de partir a la beca Humboldt y yo, el año del regreso.

Todo esto para mí es una prehistoria, marcada a su vez por la conciencia de que mis padres tuvieron la opción de elegir; que pudieron, hasta cierto punto, decidir irse al exilio, autoexiliarse. Y no se fueron a la RDA –no eran comunistas ni socialistas, tampoco militaban en un partido y hasta hoy se reconocen más bien como personas con inclinaciones moderadas, de centro izquierda–, sino al sur de Alemania, a Baden Württemberg, un estado federal próspero, de gente trabajadora, con un desarrollo industrial rico y un estándar de vida acomodado.

Un antecedente: mis dos padres hablaban alemán; mi padre es de origen judío alemán, nació en el 1939 en Tel Aviv, pero su papá había abandonado Berlín al leer con la debida anticipación el peligro del antisemitismo nazi, mientras su madre llegó en circunstancias similares desde Praga. Mi madre, a su vez, proviene de una familia de descendientes alemanes que se asentaron en el sur de Chile a finales del siglo XIX. Entonces, mi infancia no distaba mucho de las de los niños y niñas que nos rodeaban, a mi hermano y a mí, en Stuttgart. El saber que había nacido en un país lejano de nombre Chile no dejaba de ser un dato más bien imponderable para mí, que se manifestaba de formas que, en general, me eran desagradables. Cuando tenía invitadas a mis amigas a casa –todas alemanas y casi todas de familias suabas que habitaban a solo pocas cuadras de nosotros, dado que las conocía por el Kindergarten o el colegio que frecuentábamos por correspondencia barrial–, me daba vergüenza que mi madre me hablara en español. Le pedía que, por favor, se nos dirigiera en alemán. Mi relación con el español, en general, era difícil. No me gustaba hablarlo, no lo sentía mío y no lo manejaba con fluidez. Lo entendía todo, pues mis padres nunca dejaron de hablarlo entre ellos y también a sus hijos les solían hablar en él, pero no me era natural. Nada fuera de lo común, cuando se trata de niños que crecen entre dos idiomas, entre los cuales suele dominar el que se habla en el lugar en el que se habita. Recuerdo que mis padres, conscientes de que acechaba el peligro de perder el español, intentaban forzarnos a hablar castellano con todo tipo de promesas y nos ofrecían cinco marcos si lo hablábamos sin pasarnos al alemán durante toda una semana. También recuerdo que nos pedían que relatáramos en español algún cuento con el que veníamos del colegio y nosotros, obviamente, decidíamos no contarlos: era en alemán o nada. Lo mismo ocurría al revés: las explicaciones, sobre todo en materias escolares, las exigíamos en lo que considerábamos nuestro idioma: el alemán.

Mis padres habían decidido criarnos de la manera más integrada al entorno posible. Mi padre tenía, por el lado paterno, pasaporte alemán, el que nos había heredado a los dos hermanos; como llegamos muy pequeños a Alemania, hablábamos sin acento el idioma y no había nada muy marcado en nuestro físico que nos hiciera reconocibles en tanto niños con algún tipo de trasfondo migrante o extranjero. Como no estaba claro lo que ocurriría con la dictadura, mi padre –quien solía tomar este tipo de decisiones en mi familia–, pensaba que lo mejor era construir una vida ahí en Stuttgart como si no la fuéramos a abandonar más.

Para mí, por años, Chile fue una abstracción; sabía que había nacido allí y que allí vivía una parte de mi familia, a la que veía cada tantos años y a la que adoraba como se adoran a primos lejanos. Un país al cual mi madre viajó un par de veces sola –al matrimonio de su hija, a los nacimientos de sus nietas, a ver a su madre que se había quedado durante nuestra ausencia viuda–, y al cual yo viajé solo dos veces: en 1983 la primera vez, y en 1986 la segunda. Llegué a un país que solo conocía de relatos, que incluían el golpe de Estado, el bombardeo a la Moneda y la figura de un maléfico dictador de semblante aterrador y lentes oscuros. Los recuerdos que tengo de ese Chile de los 80 mezclan escenas familiares, reencuentros con mi abuela y mis dos medios hermanos que me hacían sentir parte de un clan familiar numeroso y colorido, con imágenes muy grises de un Santiago que se parecía poco a Stuttgart y sus alrededores. Una ciudad, para mis ojos infantiles, atrasada, con gente vestida con ropas del pasado, tiendas de escaparates anticuados y con programas de televisión como *Cachureos* y *El Chavo del ocho*, que disfrutaba de una manera casi culposa, porque parecían hechos para niños de algún lugar al que no pertenecía.

Cuando en 1988 mis padres decidieron regresar a Chile, a mí se me cayó el mundo. Mis padres no me habían bautizado –el judaísmo de mi padre y el protestantismo de mi madre se habían convertido más bien en un agnosticismo que no repercutió en la educación de los hijos– y habían logrado disuadirme cuando quise entrar a la iglesia luterana, en el momento en que a mis compañeros les tocó hacer la confirmación y los esperaban vestidos blancos de encaje y regalos fastuosos.

Con todo, me aferré a la idea de que, si todas las noches rezaba, concentrándome en aquello que quería impedir a toda costa –irse de regreso a un país al cual apenas conocía y con el que, así lo sentía, me vinculaba apenas el hecho anecdótico de haber nacido en él–, quizás Dios se aparecería para hacer mi voluntad.

Llegamos en agosto de 1988 a Santiago, un poco más de un mes antes del Plebiscito del Sí y el No. No solo había dejado de creer en Dios, sino que además había perdido casi todas mis seguridades básicas. Me sentía una alienígena en un colegio que junto con mi hermano, prontamente calificamos de nazi: no solo estábamos obligados a usar uniforme, sino que se nos reunía en el patio del colegio para asir, primero, una bandera alemana, acompañado de los cánticos de un himno que en Alemania se había marginado de toda cotidianidad y del que apenas se aceptaba escuchar su melodía, pero

jamás se cantaba su letra... y luego venía el himno patrio de Chile... Yo usaba lentes y tenía el pelo corto, lo que no coincidía con la gran mayoría de las niñas de 13 años de mi nuevo curso. Nunca me había depilado, lo que me valió miradas despectivas y reprobatorias. Tuve que tomar clases de reforzamiento de castellano para ponerme al día e intentar entender muchas cosas de un país que me era extraño.

Mi desacomodo habrá durado, con esa intensidad, alrededor de un año. Luego el tiempo y la adaptación hicieron lo suyo. Cuando muchos años después, ya adulta, volví a Stuttgart, no pude si no agradecer haber salido de una ciudad que me pareció provinciana y pequeñoburguesa. Después de haber decidido ir a hacer mi doctorado a Berlín y vivir allí por siete años, opté por abandonar la cuestión de si me sentía más alemana o chilena. En lugar de añorar una identidad, empecé a celebrar no tener ninguna y tener la posibilidad de hablar dos idiomas y manejar dos códigos culturales. (Aunque a veces eso implique cierto desenraizamiento, falta de pertenencia, ausencia de claves que unen de manera inmediata).

Mi historia no es la de aquellos cuyas vidas fueron violentadas hasta lo indecible por la dictadura militar, sino más bien responde a esa enorme onda expansiva –los movimientos telúricos que siguen a todo terremoto– que el Golpe produjo y que alcanzó incluso a quienes podían alcanzar un refugio en espacios –físicos y afectivos– más o menos cómodos.

Si escribo esto en 2023, en un año de conmemoración, es porque estoy convencida de que los temas no se agotan y de que algo así como una memoria solo existe en continua reelaboración y siempre abierta al porvenir. La historia personal está imbricada de múltiples formas con la Historia, y mientras sigan vivos los testigos y los hijos de ellos y los hijos de ellos, y así, nada puede archivarse, porque las vidas y las experiencias se resisten a ello. Quizás nunca pueda archivarse algo así como un golpe de Estado y sus violencias, porque sus huellas y heridas quedan esparcidos en múltiples lugares, cuerpos, textos. Volver, entonces, al tema de la dictadura nunca es volver a lo mismo, sino visitar un espacio que se abre una y otra vez como una interrogante que nos interpela. De forma personal y colectiva. Así como regresar a Chile para mí no fue un volver a algo conocido, nunca se deja de regresar a la memoria, que es un campo que se va siempre moviendo y removiendo. Mirar el pasado –eso lo sabe la historia tanto como el psicoanálisis– tiene mucho más que ver con el presente y con el futuro, que con la discusión en torno a qué es lo que exactamente pasó. El tiempo es un devenir continuo y somos nosotros los que lo interpretamos como si se pudiese segmentar. Y si bien es ineludible, hasta cierto punto hacerlo, también es imperioso que reconozcamos que los traumas si bien sucedieron en un tiempo pasado, siguen insistiendo con sus síntomas en el presente y requieren que los recorramos tantas veces como sea necesario.